—¡Carlos! ¡No vayas a tocar a Dayana! No olvides que ella ha sido la mejor estudiante del colegio. Déjala que explique lo que sucedió.

Entraron a la cocina y se sentaron en el comedor. El padre de Dayana respiraba con dificultad. Durante varios minutos, Dayana aclaró la causa de la pérdida académica. La chica sostenía que el profesor de Matemáticas y Física se había equivocado al evaluar los exámenes finales y que por esa razón había solicitado a la rectoría del colegio un segundo calificador, pero la petición no fue aceptada. El padre de Dayana, quien había permanecido en silencio escuchando el relato de su hija volvió a explotar.

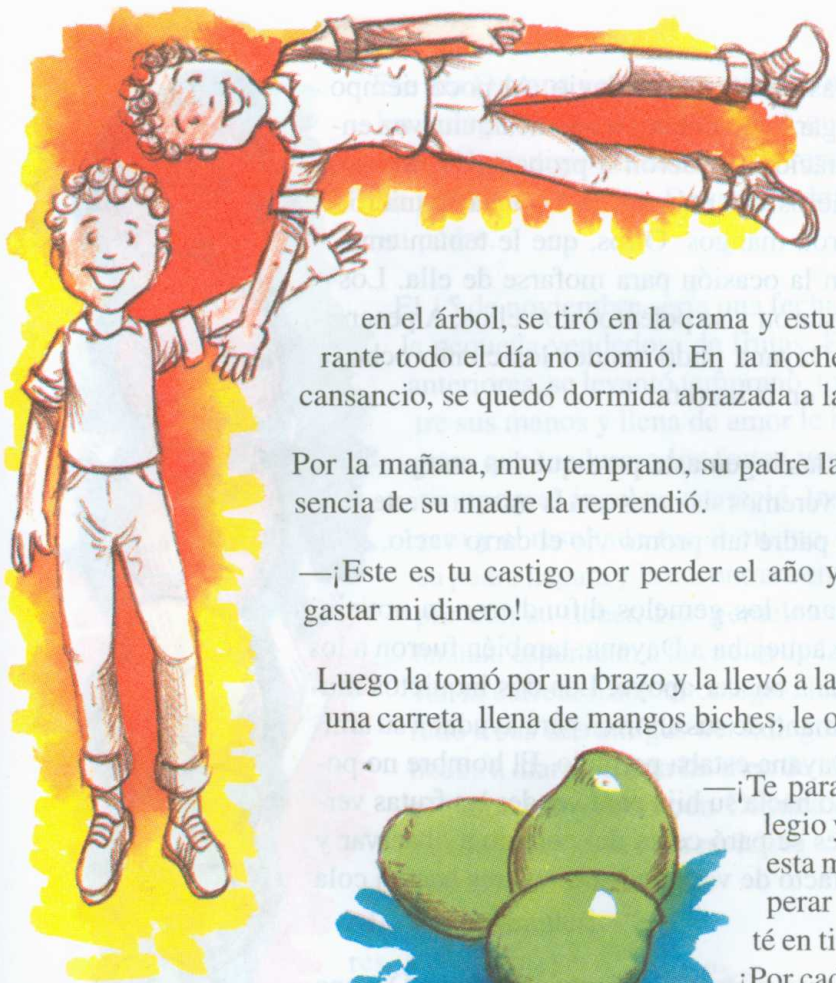
—¡Todas esas son excusas baratas! —dijo con voz de trueno, y se paró del asiento. Se acercó a Dayana y le gritó en la cara—: ¡La verdad es que perdiste el año por andar jugando con los gemelos de Carmen Amparo! ¡No eres más que una niña callejera que te desvives por tus dos amiguitos!

La madre de Dayana, para apaciguar los ánimos de su esposo, intervino.

—Mira, Carlos, con esa actitud no vas a solucionar nada. Cálmate y piensa más bien en otra manera de castigarla. No la dejes ver televisión, prohíbele salir a la calle o ir a fiestas. ¿No te parece suficiente castigo repetir el año?

El hombre, a pesar de la furia que lo embargaba, pareció razonar. Además, quería evitar líos con su esposa, quien también era de malas pulgas. Dirigiéndose a Dayana le gritó:

—¡Te subes a tu árbol y no bajas de allí hasta que te lo ordene! ¿Entendido? —Esto último lo dijo resoplando como un dragón.

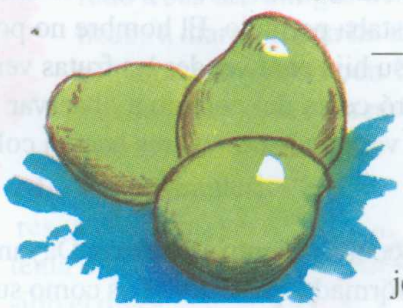


Dayana, sin alzar la vista del suelo, dio media vuelta y salió de la habitación. Se trepó a la casita en el árbol, se tiró en la cama y estuvo llorando. Durante todo el día no comió. En la noche, agotada por el cansancio, se quedó dormida abrazada a la foto.

Por la mañana, muy temprano, su padre la llamó y en presencia de su madre la reprendió.

—¡Este es tu castigo por perder el año y haberme hecho gastar mi dinero!

Luego la tomó por un brazo y la llevó a la calle. Señalando una carreta llena de mangos biches, le ordenó:



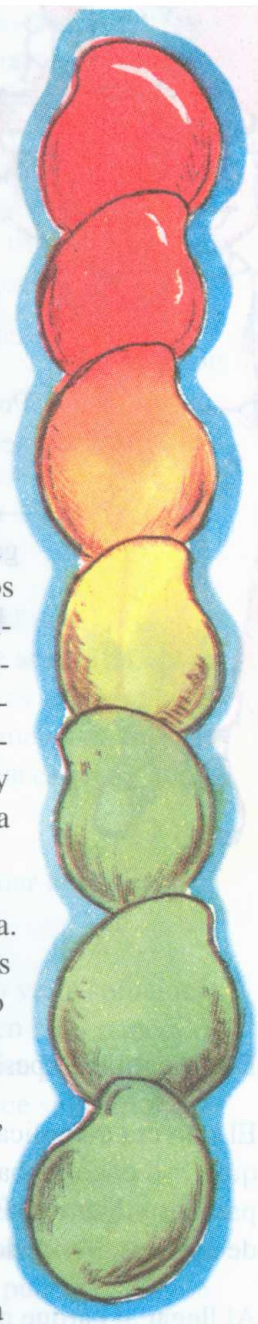
—¡Te paras frente a tu colegio y los vendes! ¡De esta manera vas a recuperar la plata que gasté en ti! Y escucha bien: ¡Por cada mango que dejes de vender te quedas sin comer!... ¡Andando!

Dayana tomó la pesada carreta y comenzó a moverla.

El reto era complicado. En esa región los mangos crecían silvestres. Por doquier, se encontraban diseminados a lo largo de caminos, carreteras, calles, parques y huertos. Era casi imposible hallar una casa que no tuviera su árbol de mangos. Venderlos sería una verdadera proeza.

Al llegar al parque principal, Yezid y Felipe, los gemelos de Carmen Amparo, quedaron asombrados cuando vieron a su amiga empujando la carreta. Al momento se ofrecieron a llevarla; mientras lo hacían, Dayana les relató el problema. Los dos chicos, que querían a Dayana como a una hermana, coloca-

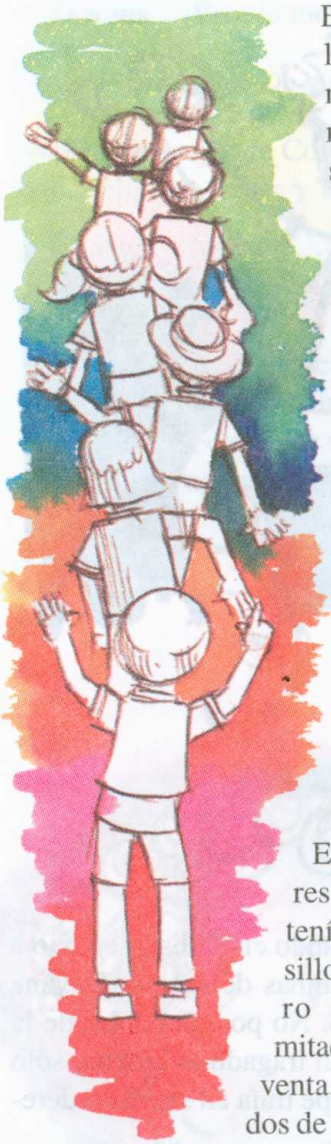
ron la carreta a las puertas del colegio. Al poco tiempo comenzaron a llegar los escolares a husmear, una vez enterados de la situación se fueron a propagar la noticia. Algunos compañeros del colegio de Dayana reunieron dinero y compraron mangos. Otros, que le tenían envidia, aprovecharon la ocasión para mofarse de ella. Los gemelos se disgustaron y se pelearon con ellos. A pesar de todo, ese día Dayana pudo vender los ciento ocho mangos que había en la carreta.



—No sé cómo te las ingeniaste para que los compraran. Pero mañana veremos si corres con la misma suerte —había dicho su padre tan pronto vio el carro vacío.

Durante esa semana, los gemelos difundieron la noticia del problema que aquejaba a Dayana; también fueron a los colegios de Lérida a buscar apoyo. Los dos inquietos muchachos echaron mano de sus ahorros para ayudar a su amiga. El padre de Dayana estaba perplejo. El hombre no podía entender cómo hacía su hija para vender las frutas verdes. Muchas veces se paró cerca del colegio a observar y regresaba estupefacto de ver que los escolares hacían cola para comprar.

El noveno día, un nuevo acontecimiento asombró a Dayana. Los gemelos le habían informado que tanto ellos como sus amigos se habían quedado sin dinero y no tenían cómo seguir comprando mangos. Ante esta situación, Dayana se dedicó a pedirle ayuda a Omaira. Entonces sucedió lo inesperado. El querubín, convertido en una bola de luz azul, salió del cuadro y rodó hasta donde estaba la carreta. Se trepó por una de las patas del carro de madera y se metió entre las frutas. De pronto... ¡Oh, Dios bendito!... ¡Los mangos se volvieron rojos! Adquirieron el aspecto de tomates maduros gigantes y se veían tan apetitosos que a Dayana se le volvió agua la boca. No pudo resistir y se comió uno. Eran tan dulces que parecía que estuvieran rellenos con miel de abejas.



Ese día Dayana vendió los mangos no a los chicos de los colegios, sino a las personas que se acercaban a mirar el prodigio. El milagro se repitió toda la semana y durante esos días Dayana pudo llevar el dinero a su padre.

El 15 de noviembre sería una fecha inolvidable para la pequeña vendedora de frutas. Ese día, como los anteriores, se levantó temprano, tomó el cuadro entre sus manos y llena de amor le habló al querubín para que madurara los frutos verdes. Pero pasó el tiempo y el ángel no apareció. Insistió por un buen rato y el resultado fue el mismo. Temerosa de que su padre llegara y la encontrara en casa, salió a cumplir con su deber. Los gemelos, como siempre lo hacían, esperaban a la vuelta de la esquina para llevar la carreta hasta el colegio. Dayana había enterado a sus dos amigos del milagro que Omaira realizaba a diario. Hasta las diez de la mañana los gemelos estuvieron con Dayana. A la una de la tarde, la niña no había vendido ni un solo mango.

En los días anteriores, a esa hora, ya tenía en el bolsillo el dinero de la mitad de la venta. A las dos de la tarde, Dayana estaba angustiada. Faltando diez minutos para las cuatro se dio cuenta que era imposible vender las frutas. Resignada a su suerte y dispuesta a aceptar el castigo de su padre, alzó la carreta y se